



# El lado B de Río Turbio

En Santa Cruz, en una zona con grandes recursos económicos y humanos, la cuenca carbonífera padece un delito oculto y abominable: el incesto.

Por LUIS FRONTERA

**L**AS CIUDADES DE RÍO TURBIO Y 28 DE NOVIEMBRE, A TRES MIL kilómetros de Buenos Aires y con 18.000 habitantes entre las dos, son las más grandes de la cuenca carbonífera. Están separadas por 15 kilómetros y, en ellas, el bosque magallánico huele a lluvias australes y a follajes húmedos, el aire es límpido, y las personas hablan con acentos de distintas regiones de la Argentina y Chile. Los varones llevan mamelucos, las mujeres no se obsesionan con la ropa y, cuando se refieren a personas de otra provincia, suelen decir con un gesto distante: “Ah, ustedes... los del Norte”. Los negocios son estables: se vende más de un auto por día,

los sueldos gozan de un plus de hasta el 180 por ciento por zona desfavorable y, sin contar con una calle Julio Roca, Río Turbio se jacta, por el contrario, de tener una “Avenida de los Mineros”. También están en marcha las obras de una megausina a carbón.

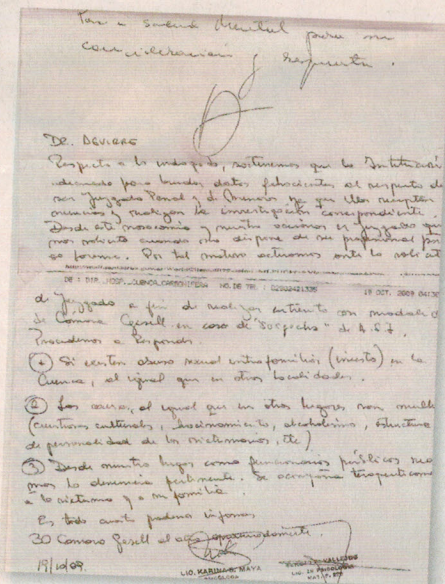
Pero con esa lluvia de bienes, sin embargo, pasa lo mismo que con ciertas ventiscas: la nieve, fecunda y decorativa al caer, se hace barro y se pone insoportable cuando resulta pisoteada.

En la misma ciudad, el Hospital de Río Turbio realiza, cada año, un promedio de 30 investigaciones familiares por sospe-





POSTAL: El centro de Río Turbio. El incesto preocupa en la zona.



INFORME: Del hospital zonal, sobre los casos.

Susana Helli, psicóloga que ejerció en la zona durante más de dos décadas, señala que las situaciones de incesto en Río Turbio le constan: “Se trata, en general, de una patología relacionada con el abuso de poder, en la que el abusador y el entorno colaboran para que se produzcan situaciones en donde alguien queda vulnerable”.

Carlos Godoy es el presidente del Consejo Deliberante de Río Turbio, posible candidato a intendente. Tras aclarar que está “trabajando para reactivar un gabinete de profesionales idóneos que aborde la situación”, asegura que “en un gran porcentaje los casos de incesto son reales y deben ser tratados en forma urgente”.

“Conocí, por lo menos, diez casos comprobados de incesto”, dice Raúl Paredes, gerente de la Caja de Previsión Social del Ministerio de Asuntos Sociales de Santa Cruz, nacido y criado en la cuenca. “En todo el mundo se pierden los valores, pero en estos lugares en los que algunos tratan de hacer dinero e irse, se nota más”.

Claudio Adolfo, el actual intendente, afirma que desde que asumió, en 2007, participó en la denuncia de más de 10 casos, y todas las personas complicadas fueron detenidas. “Para ser creíble, el que dice cono-

**“En todo el mundo se pierden los valores, pero en estos lugares, en los que algunos tratan de hacer dinero e irse, se nota más.”**

cer algún caso debería denunciarlo a la Justicia. Y eso es todo lo que tengo para decir”, agrega a NEWSWEEK.

EL CÉLEBRE ANTROPÓLOGO FRANCÉS Claude Lévi-Strauss, quien falleció la semana pasada a los 100 años, aseguraba que “la prohibición del incesto es el hecho natural y universal por el cual, gracias al cual, y sobre todo en el cual, se funda el pasaje de los humanos desde la naturaleza a la cultura”. Por supuesto, no existen datos oficiales sobre su prevalencia. En estudios internacionales, se arriesga que entre un 0,05 y un 20 por ciento de la población experimentó situaciones de abuso o contacto sexual con familiares de sangre, aunque el rango es tan amplio como difícil de verificar.

Irene Intebi, la primera argentina que preside la Sociedad Internacional para la Prevención del Maltrato y el Abuso Infantil, explica que, como no hay estadísticas de otros lugares del país, no se puede asegurar que Río Turbio tenga más casos que otras ciudades. Por otro lado, apunta a distinguir la sospecha de la confirmación. “(Que un hospital use) la cámara Gesell permite ciertas posibilidades de mejor calidad en caso de comprobarse el abuso pero, de por sí, no implica que un caso que se investigue con ese instrumento tenga más probabilidades de haber ocurrido”, aclara la presidente del comité científico del II Congreso Internacional Violencia, Maltrato y Abuso, que empieza este viernes 12 en el el Teatro Cervantes y la Universidad del Salvador.

En cualquier caso, la historia grafica un patrón de reacción social. En Río Turbio, tan grave como el problema en sí es una corriente de opinión, naturalizada en algunos sectores de la comarca, que considera al incesto y el abuso sexual intrafamiliar como el producto de comportamientos de personas llegadas desde el norte argentino. Los expertos en comunidades aborígenes, como el antropólogo y escritor Carlos Martínez Sarasola, rechazan esa interpretación.

José Castillo, secretario general de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), el mayor gremio de la zona, diagnostica otra probable causa: “Al principio, los mineros vivían en Puerto Natales, Chile, a 15 kilómetros, por la sencilla razón de que casi todos eran de allá. Luego, cuando empezaron a llegar obreros argentinos, fueron a vivir en pabellones para hombres solteros. Esos monobloques, después, sirvieron para familias sin vivienda que se alojaron allí, horrorosamente hacinadas. Y hoy la mayor cantidad de casos incestuosos sucede en esos pabellones, no en las casas”.

En uno de esos pabellones, el nueve, ocurrió en febrero de 2006 un hecho que





**PABELLÓN 9:** Ahí ocurrió uno de los casos de abuso sexual infantil denunciados.

marca la gravedad de la situación en Río Turbio. Allí, donde se apiñaban decenas de familias, Carlos “el Topo” Benítez (padre de cuatro hijos) no solamente violaba a su hija menor de edad. Una tarde, le pidió a su hijo de seis años que le hiciera sexo oral a un compañero y que le trajera la plata.

Un hermano del chico, después, repitió la frase ante un maestro que hizo la denuncia. Intervino la policía y Benítez y el otro hombre fueron presos, junto a varios abusadores más, todos varones adultos. Benítez murió en la cárcel en circunstancias poco claras y la madre de los chicos vive con ellos, en otra ciudad de Santa Cruz.

Tres años más tarde, en una mañana de caricias glaciales, el cronista recorre los oscuros pasillos de un pabellón. Y encuentra a Blanca, una mujer delgada que arrastra una hilera de años, la abuela de los nenes abusados. “Hizo muchas macanas con los chicos”, susurra. “Y también abusaba de una de las nenas. Yo no sabía nada, no podía meterme en la casa de ellos. Pero en el Turbio casos así hay cualquier cantidad”.

Las reacciones sociales ante el incesto y el abuso sexual pueden ser muy distintas. Ningún vecino de Amstetten, Austria, sospechaba nada de Josef Fritzl, quien escondió a su hija en un sótano durante 24 años, tuvo de ella siete nietos-hijos y, según declaró, era “tan religioso” que nunca pensó en el aborto o la anticoncepción. Por el contrario, Armando Lucero, en Mendoza, violó por 20 años a su hija, tuvo de ella siete nietos-hijos, y jamás precisó encerrarla.

En Río Turbio, donde una nena era sexualmente forzada por su padre y dos chicos resultaron abusados por varios

adultos (más de seis) durante un largo tiempo, las cosas resultaron diferentes a los dos casos mencionados más arriba: la ciudad es chica, todos se conocen, todos saben todo, pero nadie decía nada hasta que se formalizó la denuncia. “Con el tema del incesto sorprende que frente a la magnitud de la práctica, haya tanta ceguera social”, lamenta la psicóloga Calmels.

EN RÍO TURBIO HAY DENUNCIAS, QUE quizás representen una décima parte de los casos reales de incesto y abuso infantil que ocurren, pero los funcionarios judiciales prefieren el silencio. NEWSWEEK pudo contactar a Adolfo Manzano, psicólogo de la Justicia, y la jueza María Cristina Arellano. Ninguno de los dos quiso opinar.

Otros sí hablan. El cirujano Gustavo Sosa sostiene que los casos existen, sobre todo, en las comunidades “marginales” que viven en los pabellones. “Para enfrentar esas perversiones primero habría que reconocerlas, involucrar a los organismos del Estado, relevar las áreas críticas y conocer la problemática de la gente”, recomienda.

**“Frente a la magnitud de la práctica, hay mucha ceguera social. Por otra parte, la Justicia tiene dificultades para creerles a los chicos.”**

Badi Barrionuevo, conductor del programa de radio más escuchado en la ciudad, atribuye el problema a la convivencia de varias familias en la misma casa. Diego Díaz, conocido por su trabajo en televisión y radio de la cuenca, recuerda una anécdota sugestiva: dice que el año pasado había ido a la comisaría local y allí encontró que, de las cuatro personas que se hallaban presas, tres lo estaban por abuso sexual. Y esos tres eran nacidos y criados en Río Turbio.

El periodista Nicolás Revello, que también investigó los hechos del Pabellón 9 y vive actualmente en Río Gallegos, señala que para definir por qué sucede el incesto en la cuenca se apropia de las palabras de un sociólogo de Santa Cruz: “Me duele Río Turbio porque pareciera maldito, le pasan cosas tremendas y es una sociedad autodestructiva y sin normas”.

Es que la vida en la cuenca es dura. Cuando se llega a la vecina ciudad de 28 de Noviembre, lo primero que uno observa es el desorden y la anomia: animales sueltos, caballos junto a esqueletos de autos, autos caros en la puerta de casas miserables, paredes y vidrios rotos. Las personas parecen aisladas entre sí, los jóvenes cada día se ponen más violentos, y en las familias (como en todo el mundo) se alteró el modelo monogámico. Los grupos familiares en la comarca, sin demasiado contacto entre sí, parecen entonces instituciones privatizadas, ajenas a la comunidad y funcionando cada una con sus propias reglas.

Por lo mismo, la prohibición del incesto no se refuerza desde los instrumentos sociales que podrían hacerlo, pero no llegan a las personas (salvo la escuela, aunque no siempre). Y ninguna ley funciona, claro, si no se la fortifica en la vida cotidiana.

La vida de los trabajadores, además, es muy peligrosa. El 14 de junio de 2004, un derrumbe en la mina 5 sepultó a 14 obreros. Fue la peor tragedia en la historia del lugar, pero no la primera. El minero, valga la metáfora, es como un marinero subterráneo, que navega por el fondo de la tierra y en el más peligroso de los mares.

Por la ventanilla del micro que sale desde la ciudad, el Cerro Dorotea se recorta sobre el valle como un dinosaurio abatido. Para algunos de los que dejaron atrás a sus familias de origen, el alcoholismo y la anomia de Río Turbio son como una metáfora de la estupidez humana: en la cuenca carbonífera un auto cero kilómetro vale 500 borracheras y un televisor de plasma, mil fríos. Pero una casa es todavía más cara: cuesta cien abrazos de abuelo y el tener que habitar en un mundo sin hermanos ni tíos. Hay una frase que no cesa de visitar al cronista: “Yo prometo, Río Turbio, no pronunciar jamás tu nombre en vano”. ■